

Reflexiones en torno a la constitución del archivo del poeta y cantante mexicano José Alfredo Jiménez

Por Paola Jiménez (Archivo JAJ-La Plata)

Cuántas luces dejaste encendidas...

El nacimiento de un archivo en torno a la figura de José Alfredo Jiménez surgió a partir de estudiar su obra desde una interpretación simbólica y literaria que me fue llevando por caminos inesperados, cautivándome en la sorpresa de un aprendizaje que, de diversas maneras, me hizo responsable de la selección, la conservación, la difusión y el rescate de todo aquello que estuviera relacionado con él y con su poesía.

Si lo que heredamos es el patrimonio, podríamos deducir que el patrimonio es historia materializada. Las obras, los hechos y los objetos del pasado son los lazos de unión entre las generaciones; no en sentido figurado, sino real y, de ahí, su importancia. Dentro de un objeto o de una obra se encierra la memoria de un instante en el tiempo, guarda en sí mismo instantes de historia que comprenden una cosmovisión particular. Ese objeto, ese hecho o esa obra es ahora un fenómeno individual, un continente capaz de poner en relación a generaciones disímiles; opuestas, a veces, semejantes, otras, pero, actualizando siempre las décadas o los siglos que las separan. Con una mirada se captura ese pasado lejano o inmediato, recuperando en esos ojos, en ese mirar ajeno; individual o colectivo, la visión; es decir, la esencia de un momento de creación. De ahí que, si el patrimonio es esa historia materializada se justifique plenamente su conservación. No se trata de conservar por conservar; más bien, se intenta evocar para, continuamente, darle vida a ese pasado, a esa historia que encierra el fenómeno evitando, así, perderlo. "La idea de rescatar el pasado de la muerte y el olvido constituye en nuestra sociedad un impulso tremendo [...]" (Ballart, 2001, p. 16)

Al decir "evocar" intento poner en juego todo lo que significa. La evocación es una función de la imaginación que nos permite traer una imagen del pasado al presente; al traerla, la revivo, la vuelvo a vivir con toda la carga emotiva que contiene y con el legado creativo que posee. La evocación no es el pasado, es sólo la capacidad de traer la imagen al hoy. Es una ausencia que se hace presente.

Para Ortega y Gasset, la evocación es un fenómeno vivo, dinámico, que se manifiesta como recuerdo:

[...] lo recordado es siempre un pasado –al recordarlo no lo hago presente, lo cual sería absurdo, sino que, ¡ahí está lo extraño del recuerdo! Está ante mí como ausente, como pasado–. La ausencia, pues no es un carácter negativo, sino un carácter fenomenal, inmediato, tan positivo como la pura presencia, e inconfundible con ella. No es simplemente un no estar, sino un positivo estar ausente y un estar sólo representado [...] (Ortega y Gasset, 1977, p.86)

Partir del símbolo para encontrar la última capa de la capa de la casa podría ser el objetivo de este trabajo. La polisemia encerrada en la palabra *alianza* resuena de diversas maneras; sin embargo, para este análisis, el punto central será la participación sanguínea que, desde luego, en el contexto tiene múltiples interpretaciones. Comparto con el padre la sangre heredada, pero, metafóricamente, la comparto también con los compatriotas, los consanguíneos.

La casa de Jiménez como patrimonio

La palabra patrimonio viene del latín *pater* que hace referencia a los padres. El patrimonio es el legado material, histórico y cultural que nos une con las generaciones anteriores, que compartimos con la colectividad y que dejaremos a las siguientes descendencias. Patriarca fue la palabra que me iluminó en “Mal de archivo”, de Jacques Derrida, pues es, precisamente ahí, en donde se encuentra la genética del arca o arkhé. Enlazar al padre con la alianza es una hierofanía que apunta hacia el símbolo en su embrión más primario. Rescatar la casa en la que nació mi padre representó el momento del origen del archivo. Derrida ensueña una ciencia vinculada a la historia de un nombre propio, de una filiación, de una casa... La casa es el archivo, contiene en sí misma ese pasado, esa ausencia y esa memoria. La etimología de la palabra archivo o arkhé significa precisamente principio, comienzo y poder que son algunos de los atributos que corresponden a la figura paterna. Desde muy pequeña aprendí a compartir a mi padre, de distintos modos, él se entregaba a la gente; ya fuera mediante su obra o frente al público. No nos pertenecía, José Alfredo se prodigaba y nosotros entendimos, quizá muy pronto, que era un ser especial que se vinculaba con el mundo de otra manera, que no era un padre tradicional y rutinario. Mi padre empezó a componer sus canciones desde muy joven y durante la década de los años cuarenta se debatió entre el trabajo que tenía como mesero en un restaurante de la

ciudad de México, un puesto de arquero titular en el equipo Marte –en primera división– y la perseverancia que se impuso para dar a conocer sus canciones. Hago esta digresión porque José Alfredo no tuvo tiempo de viajar hasta América del Sur, pero sus canciones sí lo han hecho en las voces de intérpretes que algunos de ustedes deben conocer: Jorge Negrete, Miguel Aceves Mejía y Pedro Infante cantaron “Ella”, “El jinete”, “El hijo del pueblo”, “Un mundo raro” y “Cuando sale la luna”, entre otras. Libertad Lamarque grabó “Serenata Huasteca” y “Qué bonito amor”. Posteriormente, Julio Iglesias y Raphael difundieron “No me amenes”, “Corazón, corazón” y “El rey”; en los últimos años, hemos escuchado a Joaquín Sabina, Bunbury y Andrés Calamaro cantar “Que te vaya bonito”, “Te solté la rienda” y “Amanecí en tus brazos”; también han llegado interpretaciones como las de Luis Miguel de “La media vuelta” y “Si nos dejan” y algunos otros éxitos clásicos en voces de tenores como Plácido Domingo o Juan Diego Flores.

El museo que es objeto de este trabajo está catalogado dentro de la categoría de museo histórico; es una casa museo y por lo mismo pertenece al género biográfico; estos espacios habitualmente “Son museos monográficos dedicados a un personaje histórico, generalmente vinculados a un lugar geográfico y en particular a una casa relacionada con la vida de tal personaje [...]” (Ballart, 2001, p. 72) Esta definición de lo que encierra una casa museo me lleva a la siguiente conclusión: mi personaje es histórico, el sitio en donde se encuentra es Dolores Hidalgo, Guanajuato, y la casa es la morada en donde el poeta popular nació.

A mí me interesaba, por diversas razones, que este espacio reuniera todas las características de un proyecto cultural. La primera, y, quizá la más importante, por ser el principal acervo, es la obra de mi padre; es decir la música y las canciones de José Alfredo Jiménez. La segunda razón está relacionada con el inmueble, porque la casa en sí misma es ya un monumento histórico. Los datos que de ella se lograron reunir se obtuvieron del archivo del Registro Público de la Propiedad desde 1920. Se cree que la casa data de aproximadamente 1823 y que fue cambiando de propietarios hasta que don Eusebio Jiménez la dejó en legado a sus sobrinos y, en particular, ésta, la del número 13 de la Calle de Guanajuato, pasó a ser propiedad de mi abuelo Agustín Jiménez. Se encuentra ubicada a apenas una cuadra de distancia de la plaza municipal de Dolores, de ahí que se piense que fue una de las primeras casas que existieron en la ciudad. El inmueble está dentro del área que ha sido considerada parte del centro histórico, decretada zona de monumentos históricos desde julio de 1982.

Por último, la ciudad de Dolores Hidalgo es parte importante de nuestra historia, y llegan a ella diariamente un gran número de turistas pues, forma parte de la llamada “Ruta de la Independencia”.

Al verse obligada mi abuela a vender la casa familiar, esta pasa a ser propiedad de distintos dueños hasta que la adquiere, después de varios años, la familia Marina, alrededor de 1942. En vida, mi padre intentó comprarla en dos o tres ocasiones sin obtener resultados favorables. La señora Pilar Marina le tuvo siempre un muy especial cariño a la propiedad pues había sido un regalo de su difunto padre. Con el correr del tiempo y a manera de anécdota, porque es así como comienza la historia de este proyecto, Pilar decide vender la casa. Ella había sufrido un accidente automovilístico y tenía problemas para viajar, sus familiares habitaban la ciudad de México, hecho que la retenía en la capital haciendo sus visitas a Dolores cada vez más esporádicas. La condición para ponerla a la venta fue ofrecerla a los hijos del compositor para que la casa quedara en buenas manos; es decir, con personas que de alguna manera le tuvieran cariño. Por medio de un conocido común recibí la oferta. El precio de la residencia era bastante accesible y al conseguirla cumpliría, *post mortem*, un sueño de mi padre: volver a tener la morada familiar.

Se compró la casa y casi de inmediato pensamos en el desarrollo del proyecto. Mi esposo, el arquitecto Javier Senosiain, me fue guiando en cada uno de los pasos. Primero, porque lo más urgente era hacer un estudio para poder remodelar el inmueble que se encontraba bastante deteriorado; principalmente los techos, de cuya cubierta se conservaron las vigas de madera. En cada paso intentamos respetar, en la medida de lo posible, el estilo y el diseño original de la casa. Después de consultar con algunos arquitectos de la zona nos pusimos en contacto con Enrique Arellano; pues tiene maestría en restauración de monumentos y además es oriundo de Dolores Hidalgo. El inmueble se adquirió en 1998. Arellano logró, con esmero y cuidado, la realización de un proyecto ejecutivo muy semejante al de la época de mis abuelos. Tres años después, por recomendación de Arellano, contratamos al arquitecto Alan Wilkerson para que llevara a cabo la obra de remodelación. Doce meses después, la casa quedó restaurada con la supervisión de Arellano, Senosiain y de mí misma.

Organización museológica

La vivienda es una casa típica de la época colonial con su patio al centro, la huerta de los naranjos con un lavadero en la parte posterior y, junto, otra huerta más íntima, como un espacio secreto; en el que, a veces, se han presentado libros, se lleva a cabo mensualmente un taller de lectura para niños y se realizan conciertos de cámara bajo el naranjo a la luz de la luna. La casa presenta características de la arquitectura que se desarrollaba en las últimas décadas del siglo XIX; hecho que se pudo constatar debido a la decoración que se encontró en sus cornisas y el tipo de marcos que tenían los vanos de las puertas y ventanas. Fue hecha de adobe con vigas de madrera y techos altos con plafones de viguería, cielos de manta decorados con motivos florales y algunos otros de bóveda plana a base de ladrillo y viguetas de fierro. El volumen principal corresponde a la zona social e íntima alrededor del patio central, rodeado de un corredor con arquería que funciona como distribuidor, protegiendo del sol del poniente y de las lluvias a las habitaciones. Como antes dije, tiene la enorme ventaja de estar ubicada a tan sólo una cuadra de la plaza principal en donde se localiza la parroquia en la que don Miguel Hidalgo inició la guerra de Independencia. Es importante destacarlo porque la casa se encuentra en un punto clave, es ella misma parte de la historia de la ciudad pues albergó, también, la primera botica que estableció don Agustín Jiménez, químico farmacéutico y padre de José Alfredo.

Una vez terminada la remodelación, aparecieron muchas preguntas. Si bien la época, la vida y la obra de José Alfredo Jiménez eran razones suficientes para justificar la realización de un museo y habiendo ya hecho tanto trabajo al respecto, no podía llegar con mis documentos, fotografías y objetos a montar una exhibición improvisada; valía la pena pensar en un recinto digno. Mi profesión no es la museografía por eso me ubiqué en el papel de gestora del proyecto.

Después de analizar y evaluar distintas alternativas llegamos a la conclusión de darle la museografía completa al arquitecto Jorge Agostoni, quien es egresado de la Universidad Autónoma de México. Era difícil que aceptara la realización de un proyecto pequeño, pero lo fuimos entusiasmando e involucrando mediante relatos, documentos y fotografías; además de incentivarlo para que se adentrara, de manera detallada, en la propia obra de José Alfredo escuchando sus discos o leyendo algunos libros y artículos que se han escrito sobre él. Con el arquitecto Agostoni trabajamos a lo largo de tres años en tres vertientes: la primera, correspondió a la investigación; la segunda, fue desde el punto de vista

arquitectónico, la realización del anteproyecto y proyecto del diseño museográfico; y la tercera, fue ir paso por paso, desarrollando cada una de las nueve salas que conforman el museo. Para cada espacio se elaboraron los textos en español e inglés, y se seleccionaron tanto las fotografías como los objetos adecuados a las mismas.

Una vez concluida su investigación, el arquitecto Agostoni nos entregó el anteproyecto del museo para su aprobación. Habíamos visto que la casa se prestaba para que el recorrido se fuera organizando de manera lineal con algunas pausas que pudieran romper con la monotonía. La sala que da inicio al recorrido se llama: “*Ese pueblo de Dolores...*” que es la primera frase de la canción dedicada a su tierra y se titula “*15 de septiembre*”. En ella se narra el nacimiento e infancia de José Alfredo; así como el traslado de la familia a la ciudad de México tras la muerte del padre.

La segunda es “*Cuatro caminos*” en donde se muestra que el compositor tuvo que interrumpir sus estudios debido a la precaria situación económica familiar. Se presentan también sus años de juventud.

La tercera sala lleva el nombre de la canción “*Qué suerte la mía*” y en ella se muestran los pasos que dan inicio a su carrera en 1947 y cómo lo llevan a ser nombrado en 1951 el “Compositor del año”.

“*Paloma querida*” es el nombre de la cuarta sala. En ella se narra el romance y el matrimonio de José Alfredo con Paloma Gálvez, inspiradora de muchas de sus canciones.

La sala número cinco es una de las pausas, alberga el cancionero interactivo. La segunda pausa se localiza en el comedor, en donde se pretende tener un espacio acogedor para escuchar cómodamente las canciones con un sonido especial.

“*El Rey*” da nombre a la sexta sala y pretende mostrar los triunfos del compositor a lo largo de dos décadas, en las que compuso alrededor de 300 canciones, grabó decenas de discos y recorrió parte del continente cantando en múltiples escenarios.

La vida de José Alfredo en el torbellino de los excesos y tentaciones del medio artístico se presenta en la sala siete que se titula “*Estoy en el rincón de una cantina*”.

En la octava estancia, llamada “*La vida no vale nada*”, se relata la prematura muerte de José Alfredo; así como su última presentación en público en el programa de televisión “*Siempre en Domingo*”, de Raúl Velasco, en el cual parece anticipar su final y despedirse de su pueblo con la canción “*Gracias*”.

Para terminar el recorrido museográfico, se pensó en una sala que diera testimonio de todo aquello que vino después; motivo por el que la llamamos “*Olvídate de todo menos de mí...*” En ella se aprecia la vigencia y actualidad de sus canciones en el gusto popular. Por último, la sala de usos múltiples –en donde quedó ubicado un cuadro mural que pintó el artista celayense Octavio Ocampo–en el que aparecen un sinnúmero de imágenes relacionadas con la vida y obra del compositor.

Reflexiones finales

A través de este texto percibimos que un museo puede ser un archivo y un archivo siempre tendrá espacio para más líneas de investigación, en él se vislumbran ausencias y encuentro los huecos que me llevan a enlazar al filósofo de la deconstrucción con el texto de “El archivo arde”, de Georges Didi-Huberman en el que señala que:

Es siempre –infatigablemente– una ‘historia en construcción cuyo resultado nunca es enteramente comprensible’. ¿Por qué? Porque cada descubrimiento surge en ella como una fisura en la concepción de la historia, una singularidad en principio inclasificable, que el investigador intentará en el tejido de lo ya conocido, para producir, dentro de lo posible, una nueva comprensión histórica de tal acontecimiento. (Didi-Huberman, 2004, p. 6-7)

Un museo tiene la posibilidad de ser un archivo, más aún, si es un ente orgánico, ya que entonces será un ser de posibilidades debido a las transformaciones y a los cambios que se vayan presentando en el tiempo, pues, siempre habrá algo nuevo, algo que se vislumbre a través de ese tejido horadado que caracteriza a los archivos. Esta imagen me remite a visualizar una celosía que no es un muro sellado pues, deja pasar la luz para proyectar, como lo piensa Derridá, el archivo hacia el porvenir. *Cuántas luces dejaste encendidas...* Serán las nuevas generaciones las que visitarán y consultarán los archivos, entonces, su mirada verá otras claridades, otros claroscuros, insólitos ojos tendrán otros vínculos, diversas aportaciones, ajenos huecos por donde crecer. Por eso considero que el archivo siempre se está enfrentando con otros medios y fuentes que lo enriquecen “[...] mediante cortes y montajes incesantes con otros archivos.” (Didi-Huberman, 2004, p. 7)

Serían estas propuestas el estilo que nos mostró Warburg, como líneas que convergen y luego toman distancia, puntos de fuga y centros que se expanden. Sin embargo, también creo que el archivo debe tener su lado íntimo, personal. “La casa significa el ser interior,

según Bachelard; sus plantas, su sótano y su granero simbolizan diversos estados del alma. El sótano corresponde a lo inconsciente, el granero a la elevación espiritual.”(Chevalier, 1999, p. 259).

El simbolismo de una casa es polivalente y polisémico, pero desde cualquier ángulo es el centro, el corazón del hombre que la habita; en este caso el corazón de un poeta, razón suficiente para establecer con ella un vínculo de respeto. Por su parte, Javier Marías, recientemente, comentó en su artículo semanal de “El país”, *Zona fantasma*, que: “Nadie tiene derecho a asomarse a la intimidad de una persona, por muy pública que su vida fuera. Que alguien escriba libros no es razón para que, a su muerte, se enseñe todo cuanto escribió y no iba destinado para el público.”(Marías, 2017) Porque siempre en nuestro entorno, por más popular que sea, debe haber un lado oculto que nos permita guarecernos de las inclemencias de la intemperie, como la imagen de la celosía. Los huecos forman parte de esa protección, sin embargo, iluminan las nacientes interpretaciones; por ejemplo, “Un día en la vida”, de Lennon y McCartney señala *Y aunque los huecos eran bastante pequeños/tuvieron que contarlos todos./Ahora saben cuántos agujeros son necesarios para llenar el Albert Hall...*Encontramos una enorme riqueza hermenéutica en las ausencias de esta letra o en la canción de Andrés Calamaro titulada “Cuando te conocí”, en la estrofa que dice: *Cuando te conocí/miré por un agujero en tus pantalones/y dos años después/ya tomabas todas las decisiones*. Las canciones son como cartas abiertas, como un secreto a voces y pueden viajar gracias al viento que las transporta ligeras por las ondas del sonido, no obstante, de alguna manera se resguardan. Joaquín Sabina, canta en “Peor para el sol”, *Cómo van a caber tantos besos/en una canción*; en “Amanecí en tus brazos”, José Alfredo resguarda la intimidad de este modo: *Yo me volví a meter entre tus brazos,/tú me querías decir no sé qué cosas,/pero callé tu boca con mis besos/y así pasaron muchas, muchas horas*. Creo que son sus canciones las luces encendidas, las ausencias presentes que seguirán iluminando el archivo para que se proyecte hacia futuro.

Bibliografía

